Toledo, una ciudad monumental, pero viva.

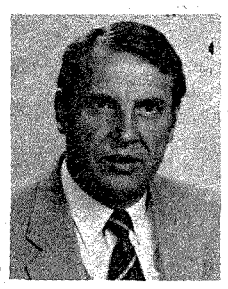
DESDE la perspectiva de un toledano que ha pasado por la experiencia de presidir la Comisión Provincial de Defensa del Patrimonio Histórico-artístico en el tiempo que he sido Director Provincial del Ministerio de Cultura, me asomo a la ventana de este nuevo periódico de Toledo (al que deseo muchos años de vida en su independencia castellana) para opinar sobre un tema que, desde hace unos meses, algunos se han empeñado en que sea tema polémico en la prensa provincial y nacional: ¿Se está destruyendo nuestro casco histórico?

Si conservar nuestra ciudad monumental significa no tocar sus viejas piedras, no construir gajes, no revocar las fachadas, no arreglar las goteras de los tejados, dejar todo como estaba en el siglo XVI, podríamos contestar afirmativamente a esa pregunta. Esto quizás es lo que desearían aquellos que se proclaman defensores del patrimonio de Toledo, envolviendo su defensa en constantes imaginaciones de catástrofes urbanísticas acompañadas de vaguedades, imprecisiones y alarmismos, denunciando y enumerando como atropellos todos los edificios que se han reconstruido en los últimos diez años sin pararse a pensar que para conservar un edificio hay que repararle periódicamente. Yo tengo que contestar negativamente, porque reconstruir no es destruir. Pienso que esos catastrofistas, conservadores a su manera olvidan un detalle importantísimo.

Toledo no es esclusivamente un monumento, ni una ciudad con monumentos, sin más fin que ser admirada por viajeros y artistas.

Toledo es como es, porque ha sido (y debe seguir siendo), una ciudad viva.

El casco histórico de nuestra ciudad está constituido, además de 3.500 viviendas cuyos propietarios, muchas veces modestos, son los que más interesados están en conservar y por lo tanto quienes las tienen que reparar. Sin nada fácil, estos habitantes tienen que hacer compatible poder vivir en el siglo XX en unos edificios del siglo XVI. Son estos toledanos los que aman la ciudad como es, los que soportan sus inconvenientes e incomodidades con orgullo porque es su ciudad, su Toledo. Pero que también quieren vivir, como muchos españoles, en 1983, y no en 1600. Que no viajan en carroza o en caballo sino en autobús o en automóvil propio, para lo cual se necesitan estaciones de autobuses y edificios con garajes. Que no están dispuestos a seguir utilizando el mismo tipo de servicios del siglo pasado y que necesitan adecuarle para el siglo en que vivimos. Todos estos problemas que no son fáciles de armonizar y resolver con una legislación caduca (la ley actual es de 1933), necesitan de una gran dosis de colaboración entre vecinos, administración central o regional, pues aunque con distintas atenciones e intereses prioritarios, a propietarios y a instituciones les debe mover un mismo propósito final: conservar Toledo en todo lo que tiene de valor histórico, artístico y ambiental, pero sin dejar de hacer posible que el casco histórico de Toledo siga siendo habitado para que siga siendo una ciudad viva. Si los toledanos abandonan el casco porque es más cómodo y hay menos impedimentos construyendo fuera, la ciudad histórica se hundirá sin remedio. Y esto es lo que hay que evitar. Confiemos en que se lleve a término esa necesaria nueva ley de Protección del Patrimonio Histórico-artístico y que armonice después con el proyectado plan de rehabilitación del casco histórico, para que Toledo pueda seguir siendo admirado por los que nos visitan y para que los toledanos podamos seguir sintiéndonos orgullosos de vivir en una ciudad monumental que, sin dejar de ser ciudad-museo, sea ciudad viva.



Amador DOMINGO

Un hombre lobo madrileño en Toledo

Cuando yo iba al colegio; se hablaba de Toledo, como de un hermoso nacimiento, bordeado por el Tajo e impreganado de arte y cultura arquitectónica. Recuerdo mis excursiones escolares, de visitas rápidas y tumultuosas donde apenas te puedes enterar de algo importante, quizás de los rasgos más característicos y de las leyendas mozárabes, que te dejaban pensando en aquellos señores tan posesivos y dominantes.

Luego vinieron las comidas de domingo con papá, donde yo observaba una gran cantidad de turismo flotante que llevaba a Toledo el otro polo opuesto a su arquitectura, que era un modernismo despampanante y minifaldero, que contrastaba enormemente con los grupos de niñas en Zocodover y los paseos en grupos de los relucientes cadetes.

Las conclusiones que a simple vista hace un forastero son obvias:

Piensas, esta gente se lo debe de montar fenómeno; tiene cultura a tope, tiene turismo, que le abre la mente a todo lo extravagante, y además tiene Madrid a un paso, ijó, que chollo! Pero, iah!, de eso nada, esas cosas que desde lejos te parecen fenomenales, cuando empiezas a funcionar en la rueda cotidiana de su vida se vuelven en tu contra.

Recuerdo haber pensado, pasado un tiempo: ¡Si Madrid no estuviera tan cerca!

Bueno; ahora ya vivo aquí, trabajo aquí, y pretendo que mis hijos se eduquen aquí, y queriendo decir la verdad, eso me causa a veces verdaderos quebraderos de cabeza.

Oigo hablar a mis amigos, que por fortuna tengo, y siempre les oigo decir: El caciquismo toledano es insoportable. Y como resulta que por mi posición de forastero soy bastante objetivo, les suelo decir: La cultura es una de las formas más bonitas para obtener libertad, pero no sólo de pensamiento, sino también libertad para sentirte seguro por la vida y luchar por todas tus reivindicaciones y no tenerte que dejar oprimir por sus botas y sus bocas.

Porque si el poder del cacique, hace de nosotros unos esclavos es porque queremos que así sea, ya que, el pobre hace al rico y el tonto hace al listo. Si el poder de sus bocas, hace que tus vinos en la tasca sean comentados y tu amigo de ligue sea conocido por todo Toledo, tú deberías; imitando sus golpes de pecho, reírte de sus escapadas en secreto a Madrid para agasajar a sus queridas o «queridos», de sus idas a Londres acompañando a sus monadas de hijas y de que gracias a alguno de sus super-chics hijos se estén chutando en Toledo un montón de chavales, que van por la vida más colgados que un cuadro de Dalí.

Y como no, de sus emperifolladas señoras que guardan las apariencias tomando su café con tostadas, en la cafetería de moda y que sacan la piel a tiras a sus íntimas amigas; que según ellas son (como dijo Cecilia) de alta cuna y de baja cama. Luego se pasean por las boutiques de Toledo; que son muy pocas, y después de montarse el «show» con eso de que las prendas no terminan de ser de su estilo, se van a Madrid a pagar el doble de dinero a tiendas, que claro ellas no lo saben (porque en el fondo les huele el trasero a tren, aunque sea de primera), les dan una porquería con una etiqueta que les ha puesto después el renombrado dueño de la boutique; pero eso sí, queda pero que muy mono decir ¿te gusta cuqui? me lo he comprado en la calle de Serrano y sabes, carísimo mona.

Entonces te pones a pensar, y caes en la cuenta, de que, si una ciudad ha estado hasta el año 1969 sin permiso para abrir discotecas ni similares, que se tenía que conformar con hacer escapaditas al valle con el material extranjero o nacional, o con irse a los pueblos de los alrededores a hacer el ganso, con la marcha del tachún-tachún, pues entonces comprendes enseguida que esa ciudad se haya acostumbrado a fingir constantemente y a vivir con y para el qué dirán.

No sé si yo podré entrar un día en su rollo, lo que sí veo cada día más claro es que Toledo no va a salir fácilmente de él.

Remedios BUSTAMANTE

¿Se puede?

SUEÑOS y discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo, es el largo título de una obra del picaresco Quevedo que, compuesta de cinco fantasías satírico-morales escritas en gran parte durante su juventud, también tuvo sus problemas con la censura, como cada quisque. Otra fantasía quevedesca, que generalmente va unida a *Sueños y discursos* y que repite su forma y humor, es *La hora de todos y la fortuna con seso.* Sigan leyendo y verán de qué va.

Júpiter convoca a los dioses y ante todos acusa a la fortuna de desacreditar el Olimpo, dispensando demasiado caprichosamente sus favores entre los hombres; para remediar tal injusticia, decreta que «se hallen de repente todos los hombres con lo que cada uno se merece». ¿Se imaginan ustedes, lectores, lo que viene después? Pues algo que desconcierta a la sociedad: el rico se vuelve pobre y viceversa, el mentiroso se vuelve un tío verídico, el verdugo es ahorcado en lugar del condenado, el usurero se ve despojado de las joyas que vuelven a sus legítimos propietarios, un orador se vuelve tartaja, e incluso los políticos dicen la verdad, que ya es decir. Pero, atención, lectores: la tentativa de poner en orden las cuestiones humanas genera un desorden peor, porque los nuevos favoritos de la fortuna crecen en soberbia y se vuelven todavía más tiranos que los antiguos ricos y poderosos. Toma ya. Júpiter entonces, indignado por los vicios incurables de los hombres, ordena a la fortuna que haga girar de nuevo su rueda...

Moraleja: ocupe quien ocupe el sillón presidencial del Ayuntamiento de Toledo, el Tajo seguirá oliendo a cadaverina.

ESCORPION

TARASCADAS

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Castellano Independiente. El. 26/4/1983.